

EL TRABAJO Y EL CONSUMO EN LA SOCIEDAD DE CONTROL

Verónica García Martínez
Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (México)
.vero1066@hotmail.com / verónica.garcia@daea.ujat.mx

Resumen

Este ensayo tiene como objetivo presentar una reflexión respecto del trabajo y del consumo como dos elementos que pueden liberar al individuo o someterlo, dentro de la sociedad de control, concepto que representa en mucho las condiciones en las que históricamente nos podemos ubicar. El texto se desarrolla en tres partes y una conclusión. En la primera se expone y justifica lo relativo a la sociedad de control para contextualizar más claramente los elementos de análisis. En la segunda se debate sobre las dos caras que el trabajo tiene para el individuo como factor susceptible de emanciparlo o sujetarlo; la tercera aborda el tema del consumo, también en contraposición: lo gratificante y lo esclavizante de este. Por último, como conclusión, una breve reflexión respecto de las implicaciones en el vínculo social.

Palabras clave: trabajo, consumo, sociedad, control.

¿Por qué en la sociedad de control?

Gilles Deleuze escribe una posdata sobre las sociedades de control, tomando los argumentos desarrollados por Foucault sobre las sociedades disciplinarias, y le añade una serie de rasgos para actualizar el concepto; Foucault en los 80 señalaba a la sociedad contemporánea como disciplinaria (Foucault; 1980: 91) cuya aparición es caracterizada por la reforma y por la reorganización del sistema judicial. El autor habla de los encierros, los castigos (judicial, físico, moral) y de aquellas instituciones que ejercían la vigilancia y el control: la fábrica, la escuela, la familia, el manicomio, la prisión, de la entrada a una edad que llama de “ortopedia social” donde el panoptismo es un tipo de poder que modela la conducta del individuo bajo la norma del temor. Foucault rastrea los mecanismos de control desde el siglo XVIII y presenta diversas modalidades de subyugación como las penas legales promovidas por el aparato judicial, otras menos normativas, pero no menos efectivas como la *lettre-de-cachet* (1), las acciones punitivas bárbaras germánicas y otros códigos de honor y moralidad.

Foucault analiza también lo que él llama la reclusión de la clase obrera en industrias donde se maquinaron una serie de mecanismos para asegurar la sujeción de los trabajadores y fijarlos al aparato de producción. Asimismo, el Estado crea una “red estatal de secuestro” en la cual instituciones como la pedagógica cumplen un papel de cautiverio ideológico. Todas las instituciones, estatales o extra estatales, “tienen la curiosa propiedad de contemplar el control, la responsabilidad sobre la totalidad o la casi totalidad del tiempo de los individuos: son por lo tanto instituciones que se encargan de cierta manera de la dimensión temporal de la vida de los individuos” (Foucault; 1980:129) aunque tienen una segunda propiedad que consiste en controlar sus cuerpos. El funcionamiento de esas instituciones, especializadas en apariencia, supone una disciplina general de la existencia que supera ampliamente las finalidades para las que fueron creadas; señala Foucault que en el siglo XIX el cuerpo adquiere una significación

diferente y de ser algo susceptible al tormento, pasa a ser aquello que debe moldearse, reformarse, corregirse a fin de llegar a ser considerado como algo capaz de trabajar; así “la segunda función consiste en hacer que el cuerpo de los hombres responda a la transformación del tiempo en tiempo de trabajo” (Foucault;1980:133).

La tercera función de esas instituciones de secuestro consiste en la creación de un nuevo tipo de poder polimorfo, porque por un lado hay un poder económico; y por otro, un poder político; las personas que dirigen esas instituciones no solo ordenan, deciden o garantizan funciones como el aprendizaje y la producción, también castigan o recompensan o hacen comparecer ante instancias de enjuiciamiento. Por último, hay una cuarta característica del poder que atraviesa a los otros, se trata del poder epistemológico que extrae un poder de (y sobre) los individuos ya sometidos a la observación y controlados por estos poderes, lo cual se da de dos maneras; en una institución como la fábrica, donde su trabajo y los adelantos en su saber son vigilados y un segundo que se forma de la observación y clasificación de los individuos, del registro, análisis y comparación de su conducta. Este poder sobre su saber permite nuevas formas de control. Foucault señala a la indagación y examen de los individuos como formas de saber - poder que funcionan al nivel de la producción y la constitución de la plus ganancia capitalista (Foucault; 1980: 140).

Volviendo a Deleuze, tenemos que, amplía la visión que Foucault reconocía como futuro próximo y toma de Burroughs el concepto de “control” que este propone para designar “al nuevo monstruo” (Deleuze; 1991), el cual impone nuevas formas de “encierro” y de control menos físicas, más intangibles, y advierte Deleuze que no trata de saber qué régimen es el más duro o tolerable, puesto que en ambos se enfrentan liberaciones y servidumbres, el propósito es el mismo: vigilar, controlar, castigar. En esa sociedad de control de Deleuze, la empresa, la formación y el servicio son estados meta-estables y los individuos no lo son más: son “dividuos” y las masas son muestras, mercados o bancos. El hombre es ondulatorio, se encuentra en un haz continuo, el capitalismo ya no es de producción sino de venta y de mercado. Así es el sector comercial el que dirige la actividad productiva del individuo y los mecanismos de control tienen que diversificarse, las conquistas de mercado, afirma Deleuze, se hacen por temas de control, por fijación de cotizaciones y por transformaciones de productos; el *marketing* es ahora el instrumento de control social y ese control es ya a corto plazo y de rotación rápida pero también continuo e ilimitado. “El hombre, ya no es el hombre encerrado, sino el hombre endeudado”.

En una disertación salpicada de metáforas Deleuze ubica a las sociedades disciplinaria y de control en dos momentos diferentes y con dos configuraciones disímboles; sin embargo, puestos a reflexionar sobre uno y otro en nuestro propio tiempo, podemos darnos cuenta de que no es que una sociedad se extinguiera para dejar a otra como soberana, existen variables de ambas presentes en la modernidad, sobre todo en países que no pueden considerarse del primer mundo; sin embargo, una es –podríamos decir– la ampliación de la otra, ya que el fin último es mantener al individuo sujeto a los mecanismo de poder, vigilado por panópticos multiformes, controlado por instituciones de secuestro, castigado por series normativas de

jurisprudencia y de punición moral (auto - punición o exclusión social). Aun cuando podemos ubicarnos en algunos momentos en una sociedad disciplinaria en el sentido foucaultiano, el cambio drástico en el modelo económico y todo lo que ello implica nos instala las más de las veces en una sociedad de control en el sentido deleuziano. Pondré algunos argumentos en la mesa.

La globalización nos ha convertido en una sociedad de riesgo (O' Malley; 2000: 460), en donde la modernización acarrea contingencias como el peligro nuclear y la degradación ambiental; en esta sociedad los eventos son inciertos por su naturaleza y se crea mucha incertidumbre. En ella permea la racionalidad de los gobiernos neoliberales, donde la máxima utilidad priva sobre el bienestar social. O' Malley señala que vivimos en una era neoliberal, en donde "los discursos de la nueva gerencia y cultura empresarial han cambiado en forma significativa los modelos matemáticos de economía y de las economías planeadas de la "era del bienestar". Peters afirma que, estamos en una era de incertidumbre sin precedente y donde la predictibilidad es cosa del pasado", así es visible como el hombre se mueve como diría Deleuze, en un surf, en una inestabilidad continua e ilimitada donde las formas de control provienen más de los mercados que de cualquier otro ámbito. La gobernanza ya no es exclusiva del Estado. Graham Burchell, en *Liberal government and techniques of the self*, sostiene que el problema del espacio neoliberal es fértil, pero inherentemente incierto, y un dominio abierto - cerrado de la invención político - técnica con diferentes resultados posibles, como podría ser generalizar una forma de empresa a todas las formas de conducta, constituye la principal característica de esta forma de gobierno: la promoción de una cultura empresarial. Deleuze señala al respecto que, la empresa, tiene ahora un "alma", lo cual califica como "la noticia más terrorífica del mundo" en las cuales operan máquinas del tercer tipo, ordenadores; es decir, la tecnología es la que impone los dispositivos para el intercambio entre los individuos.

En este estado neoliberal, conocido también como nuevo capitalismo (Sennett; 2000; Boltansky y Chiapello, 2002), el hombre está sentenciado a una existencia flexible, donde por un lado se le pide apego a la empresa en la que está incorporado en un momento "t", para asegurar su trabajo en equipo; y por el otro, desapego para poder enfrentar un despido repentino. Los plazos largos dejan de existir por el constante movimiento de los mercados, y de la fuerza de trabajo, en empresas donde cada vez es menos indispensable la acción humana, reemplazada por la "inteligencia" de las máquinas. En este mundo plagado de incertidumbre el control proviene de todos lados y de ninguno, "un mundo basado en esos conceptos nos proporciona un campo infinitamente vasto para los pánicos morales" (Bauman; 2003: 105); una de las consecuencias del mundo del trabajo en el capitalismo nuevo es lo que Castel llama la *movilidad de las trayectorias profesionales*, que es la promoción de un *modelo biográfico* en el que cada individuo se hace cargo de enfrentar su recorrido profesional devenido, discontinuo... el trabajador, debe volverse, empresario de sí mismo (Castel, 2004: 59), lo que lo lleva en muchos casos a vivir de la imagen y a pensar en el consumo como una forma de abonarse de un estatus, real, o ficticio a fin de ser alguien; por eso apunta Deleuze a que el individuo no es

más un hombre encerrado, sino un hombre endeudado. Señalan Fitoussi y Rosanvallon que el individuo de fines de siglo debe ser, desdichadamente, un *individuo capital*.

¿Estamos ante una sociedad de control? Desmenuzar las características de las sociedades modernas para legitimar que se trata de sociedades de control es una tarea ardua y quizá ociosa. Los principios que de manera frugal desarrolla Deleuze al respecto pueden muy bien encajar en el mundo de hoy; las formas de control han cambiado, las arenas se movieron de nivel quedando unas arriba donde otras estaban antes (Estado – sistema de producción) lo que no cambia es la existencia de fuerzas que luchan por controlar al sujeto para modelarlo hacia fines establecidos exógenamente a su propia humanidad, fines en los que tiene que jugar un papel su autogobierno para permanecer no intacto quizá, pero sí protegido ante la avalancha de controles imperceptibles. El trabajo y el consumo son justamente dos fuentes de control, que no siempre es externo, de hecho, se puede decir que es una combinación de elementos exógenos y endógenos, pero a través del autogobierno el individuo puede transformar en fuerzas positivas o, si es débil, puede dejarse arrastrar y convertirlos en factores de sumisión, lo cual depende seguramente de muchas variables.

¿Qué es el trabajo para el individuo: una posibilidad de autonomía o una forma de sujeción?

Todo lo que la gente posee es una recompensa por su trabajo anterior y por estar dispuesto a seguir trabajando. El trabajo es el estado normal del ser humano, no trabajar es lo anormal (Bauman; 2003:17); esta es una de las presunciones de Bauman cuando habla de la ética del trabajo; otra es que la gente tiene capacidad de trabajo que puede vender, y obtener por ello lo que merece y necesita (para ser feliz). El trabajo, antes de la revolución industrial, estaba supeditado a la empresa familiar, a la manufactura o a las actividades del campo. Los individuos prolongaban su estancia en la familia hasta tener la posibilidad de independizarse para seguir reproduciendo su actividad productiva, que era las más de las veces continuada por tradición. Una vez que las fábricas aparecieron se convirtieron en una forma de emancipación para los jóvenes que vieron en ellas la posibilidad de dedicarse a otra cosa que no fuera la actividad parentelar. Aunada a esta posibilidad estaba la de una verdadera independencia, tanto física como moral o ideológica, puesto que ya no vivían al arbitrio de los progenitores o tutores, sino que eran dueños de su propia vida. En esta perspectiva individualizadora/emancipadora de la tradición y la vida cotidiana, “se derivó la índole extraordinariamente positiva de un movimiento que parecía capaz de vencer en la triple conquista: *autonomía, autenticidad y la reivindicación hedonista*” (Castel; 2004: 37).

Por supuesto que esta conquista era relativa, o temporal; del encierro y control familiar se pasa al encierro y control industrial. Aun así, los jóvenes pudieron buscar otras profesiones lejos del entorno familiar que provocó la aparición de la clase obrera, los asalariados. Quizá sea ahí donde comienza ese desvanecimiento de los lazos filiales y el robustecimiento del compromiso con los centros de trabajo. El trabajo fue necesario no sólo para dotar de los elementos materiales para la subsistencia, sino para poder ser alguien, pertenecer. El Estado y las células

productivas se hicieron cargo del individuo, quien podría gozar de una identidad gracias a su profesión u oficio. El trabajo, al igual que la familia, dotaba al individuo de una base para perpetuarse, aunque fuera de manera rutinaria y gozar de una libertad, cuya conquista acarreo el imperativo de responsabilidad. “Sin embargo, este anhelo de autonomía suele encontrarse con otra demanda con la que suele estar en tensión: la búsqueda de seguridad” (Boltansky y Chiapello; 2002: 56).

Aunque la noción del trabajo cambia en el tiempo y espacio, continúa siendo el elemento que provee al individuo de identidad además de recursos financieros. Innumerables estudios se realizaron sobre el desempeño humano en las empresas, y se formaron diversas escuelas en las que su objeto era el sujeto productivo. La escuela clásica de Fayol, la de Sistemas, la de Relaciones Humanas, la de Desarrollo Organizacional y tantas otras que fueron dando cuenta de lo que acaecía en el entorno laboral, hablaban de un individuo que se amoldaba a los entornos en aras de conservar su autonomía. De ahí surge la famosa escala de necesidades de Maslow, en las que la seguridad ocupa un escalón y en la cúspide se ubica la autorrealización. Este espectro de necesidades humanas podía cubrirse en el centro de trabajo. Esa idea no ha cambiado totalmente, sólo que ahora no se puede domiciliar un empleo vitalicio, sino que la responsabilidad está ahora en el sujeto, ni el Estado benefactor ni la industria propician la autonomía, sino la posibilidad del ser humano de adaptarse a las condiciones del ambiente.

El trabajo da al sujeto la posibilidad de hacerse cargo de sí mismo, aun cuando esté ceñido a un horario, sobre todo en las sociedades donde no existe el seguro de desempleo, y de vivir una vida digna, incluso cuando la remuneración no alcance para adquirir los bienes que necesita o desea. Desafortunadamente son cada vez más las personas que trabajan sólo por necesidad y no encuentran en su oficio enclaves que les proporcionen satisfacciones de enriquecimiento intelectual o espiritual; pese a todo, actualmente entre la “gente de bien” tener un empleo es una fortuna. Al respecto Sennett sostiene que la persona autosuficiente es respetada, en cambio, quienes se convierten en una carga para otros (sea el Estado, la familia o la misma sociedad) se llenan de vergüenza (2). El hecho de poseer un empleo o un trabajo que proporcione remuneración es en la sociedad un atractivo para establecer vínculos sociales. Quien vive a expensas de otra persona o institución va restringiendo sus espacios, se aísla e, incluso, puede llegar a padecer enfermedades psicosomáticas, depresión o inclusive morir.

J. Roman señala que, en la actualidad, “a la destrucción de los valores tradicionales y el rechazo de las pautas de conducta heredadas hay que añadir la búsqueda de la propia identidad, basada en la máxima autonomía individual y la realización del individuo. Ser el mejor pasa a ser un imperativo categórico de nuestros días” (3). En este contexto, la máxima virtud del hombre productivo es su capacidad y actitud para el aprendizaje, en un entorno cambiante que está supeditado a los avances tecnológicos y a los cambios en las reglas económicas mundiales. En muchos empleos se solicita “gente emprendedora”, “creativa”, “innovadora”, más que con ciertas aptitudes, que además ya no se cultivan con tanto afán, dada la movilidad de los asalariados que no se terminan de identificar con ningún oficio. Con esta lógica el

individualismo tiene que acendrase, pero también la disponibilidad de trabajar en equipo, parece contradictorio, pero precisamente, es lo que contribuye a la difuminación del vínculo social, puesto que no se pueden hacer relaciones duraderas.

El trabajo es afirmativo. Las personas que se “ganan su subsistencia” en diferente proporción se respetan a ellos mismos, por más repugnantes que parezcan ser los oficios. “Y di que tienes trabajo”, se escucha decir con mucha frecuencia cuando alguien se queja de lo que tiene que hacer para vivir. En el momento que una chica le pregunta a un prospecto ¿en qué trabajas? (o en dónde) y él contesta, “ahorita no tengo trabajo, pero...” y se inventa una retahíla de justificantes para no sentirse vulnerable. Quien no tiene una fuente de ingresos está expuesto. El trabajo, sea flexible, o sea de planta (que todavía hay) proporciona dignidad. Aun cuando el trabajador tenga menos capacidad de elección que el empleador, goza de cierta libertad. “La autonomía, se renueva constantemente en la vida subjetiva, se pierde y se gana en la medida en que las condiciones sociales cambian” (Sennett; 2004:128), del sujeto depende conservarla; no vivir a cuenta más que de sí mismo en cualquier situación aun cuando las condiciones se vuelvan adversas es tener autonomía, ésta, como dice Sennett, supone conexión pero a la vez alteridad, intimidad y anonimato.

La otra cara del trabajo es la de la sujeción y la carga. Desde la Biblia pareció dársele un matiz punitivo, puesto que fue la consecuencia de haber pecado, ahora ya no estaría más el edén a disposición del primer hombre, por haber desobedecido las reglas tendría que ganarse el pan con el sudor de su frente. Aunque los que estudian las sagradas escrituras le dan después otro giro, reivindicando al trabajo como la posibilidad de que el ser humano sirva a Dios, y se consagre como merecedor del mundo; la idea de que el trabajo, aunque enaltezca, es una pesada carga parece prevalecer. En su obra *Trabajo, Consumismo y Nuevos Pobres*, Bauman subtitula un tema “Cómo se logró que la gente trabajara” y en él hace un recuento de las condiciones que indujeron al ser humano a proveerse de sustento. La culpable principal: la naturaleza. El hombre se ha enfrentado a las condiciones naturales que nunca son perfectas así como a inventar muchos mecanismos para vivir lo mejor posible. Esta es una tarea noble y comprensible, pero después, vino el asunto de explotación del trabajo del hombre por otro hombre a fin de acumular riquezas, aunque esa es otra historia.

El concepto weberiano de “la jaula de hierro” sirve para denominar justamente esta condición de encierro del hombre en los centros de trabajo. En la época industrial, el trabajo ocupaba un lugar central en los tres niveles de la sociedad moderna: el individual, el social y el referido al sistema de producción de bienes y actuaba como eje para unir esos tres niveles (Bauman; 2003: 37). Durante toda la historia humana el trabajo constituye un factor al que el hombre está sujeto; las condiciones han cambiado –por supuesto– y el ser humano ha tenido que mutar para adaptarse; primero con la rutina del trabajo en serie, después con la flexibilidad que es la cara opuesta. El avance tecnológico y la mundialización de la economía traen aparejados desde los 70 una serie de consecuencias para el empleo que cambian las lógicas de pensar el mercado laboral. Las innovaciones tecnológicas que desplazan la mano de obra y el achatamiento de las organizaciones que cada vez prescinden del individuo han provocado

hordas de desempleados que en su mejor momento se apoyaban en el Estado de bienestar, pero que, al debilitarse los Estados – nación, ya no cuentan más que consigo mismos, puesto que las empresas tampoco son más proveedoras de recursos.

El hombre estuvo, está y estará a expensas de lo que el mercado de trabajo demande: movilidad, capacidad de aprendizaje, adaptabilidad, innovación, creatividad, manejo de tecnología, aptitud para resolver problemas, para trabajar en equipo, para tolerar presiones y un largo etcétera, está obligado a cultivar habilidades, capacidades o virtudes para poder competir en un mercado laboral cada vez más restringido. “Con el cambio, hay ganadores que pueden hacerse de oportunidades nuevas y a realizarse a través de ellas en el plano profesional y el personal, pero también están aquellos que no pueden hacerle frente a esta redistribución de las cartas y se encuentran invalidados por la nueva coyuntura” (Castel; 2004: 60) esto depende –según los psicólogos– de las posibilidades de los individuos para movilizar sus recursos objetivos y los soportes a que pueden recurrir para enfrentar las situaciones; ya no pueden fiarse del discurso político que cada vez puede ofrecerles menos seguridad, tampoco la empresa les garantiza una vejez tranquila, el hombre está subordinado a los controles de las demandas del mercado, a la utilidad que su persona pueda aportar a la nueva actividad comercializadora más que productora.

En este contexto el individuo tiene que encarar las calamidades haciendo acopio de sus recursos personales, pero siempre sometido a lo que soliciten de él; proclive siempre a dar batalla en una competencia a veces encarnizada por los puestos. “En un mundo laboral estilo torniquete, las máscaras de la cooperatividad están entre los únicos objetos personales que los trabajadores llevan con ellos de una tarea a otra, de una empresa a otra: ventanas de sociabilidad cuyo hipertexto es una sonrisa ganadora” (Sennett; 2000: 118). ¿Cómo pedir solidaridad con este panorama? Si cualquiera que llegue puede desplazarte, sólo hay una forma de evitarlo: hacerte más indispensable, manejar información, dar más del 100%, comprometerte. ¿A qué lleva esto? A la pérdida del yo; los llamados adictos al trabajo son una consecuencia de las exigencias del mercado y del vaciamiento de la subjetividad, del desdibujamiento de los lazos familiares y de la fragilización del vínculo social. Aubert y de Godejac hablan de un desgaste del cuerpo y del alma, en cuatro temas posibles: el tema corporal vampiresco, donde la organización chupa la sangre, dominando la pulsión vital en la búsqueda del agente ideal sin necesidades ni debilidades humanas; el segundo tema es de la identificación – corporación, cuando el individuo se liga sentimentalmente con la empresa en espera de reciprocidad; el tercer tema es sobre la relación sentimental y el desgaste que conlleva la pasión, el darse a otro, la empresa devora conjuntamente relación y cuerpo; y el último tema sería el totalitario, cuando la empresa convierte al ser en un títere.

Los autores utilizan una metáfora, del *soft* y del *hard*, para representar lo que sucede en las empresas: en ella el *soft* es lo suave, lo inmaterial, la parte seductora de la empresa, lo que suscita y colma el deseo, la juventud, la felicidad. El *hard* es lo que hay que hacer para merecerse el *soft*, el reverso del deseo y del éxito, la dureza del sistema, el conflicto permanente, es el miedo a verse excluido, la amenaza de dejar de existir en la empresa, en ser

un “muerto viviente” para evitarlo está la obligación de ser fuerte, la imposibilidad de fracasar o mostrarse débil, la necesidad de cumplir con los objetivos cueste lo que cueste, de enfrentarse al desafío y ganar. En algunos casos sobreviene lo que los autores llaman la “quemadura interna”, que es “el agotamiento de los recursos físicos y mentales que sobreviene tras un esfuerzo desmesurado para alcanzar un fin irrealizable que uno se había fijado o que los valores de la sociedad le habían impuesto” (Aubert y de Gaudejac, 1993:141); quien se “quema” sufre no sólo físicamente, sino de una frustración aguda, porque su devoción a una causa no obtuvo la respuesta esperada.

Así el trabajo flexible en el neocapitalismo puede producir, entre otros fenómenos, la aparición de disparidades intracategoriales entre dos empleados del mismo nivel, uno de los cuales conservará su puesto debido a su nivel de calificación y otro pasará a engrosar las filas de desempleados. La mengua de la solidaridad social por causa de la competencia y la pérdida de la personalidad y la subjetividad por causa de una entrega desmedida a la empresa. Fitoussi y Rosanvallon hablan de una “crisis del sujeto”, vinculada a las transformaciones del individualismo moderno, y señalan que “vivimos en lo sucesivo en una sociedad que hace recaer sobre el individuo el doble imperativo de un perpetuo mejoramiento y una estima permanente de sí mismo que son los mecanismos tanto de la vida personal como de la acción profesional” (Fitoussi y Rosanvallon, 2000:44). El sujeto está ahora cautivo en una cárcel virtual, puesto que no puede ver el encierro, su libertad es aparente, sólo tiene la elección de adaptarse, o perecer. El trabajo, puede ser así, asunto de emancipación o de subyugación, de relajamiento o de angustia, de libertad o de encierro, todo depende, de los recursos del sujeto.

¿Qué es el consumo para el individuo: una oportunidad de gratificación o una manera de dependencia?

Existen muchas teorías con relación al consumo, elaboradas desde diferentes perspectivas disciplinarias, sin embargo, García Canclini (1995) se lamenta de que no existe una teoría sociocultural del consumo, ya que él lo define precisamente como el *conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos*, de hecho, sostiene que hoy las identidades se conforman ya no por las esencias históricas, sino por lo que uno posee o lo que es capaz de apropiarse. Michel de Certeau (1996) habla de los usos de los grupos, de los cuales se “valen” los técnicos de la producción sociocultural para implantar una “manera de ser”, aunque asume que entre los productos y el consumidor existe una distancia más o menos grande del uso que hace de ellos. Como sea, lo indudable es que existen mecanismos que nos inducen a apropiarnos de bienes materiales o productos culturales de manera consciente o no, y esta apropiación produce una cierta respuesta de nuestro organismo que tiene que ver con nuestros sentidos; Lipovetsky le llamaría “seducción a la carta” (4). Hay autores que piensan que estamos sometidos a un cautiverio ideológico, en el cual las elites productoras manipulan nuestras conciencias para que consumamos al son que nos toquen (5).

Independientemente de los propósitos de los productores, el consumo, como el trabajo, tiene dos caras por lo menos. Una de gratificación y otra de tortura. Es algo ineludible y que nos proporciona placer, es imposible no consumir, aunque la gama de consumidores vaya del más parco hasta el compulsivo. Las sensaciones que produce el consumo invaden los sentidos, y van directo al cerebro provocando reacciones de muy diversa índole, desde la superficial, epidérmica, hasta la inconsciente. Lo cierto es que el hacer uso de los productos de mercado retribuye psicológica, espiritual, intelectual, o por lo menos físicamente, la inversión realizada. ¿Para qué trabajar? Para consumir, satisfacer las necesidades básicas y los deseos; y son muchas las personas que ven en la satisfacción de necesidades básicas como comer un placer infinito. De Certeau señala que a veces se les otorga a los consumidores la condición de dominados, sin que esto sea necesariamente así; casi siempre hay razones para consumir, después de haber cubierto las necesidades básicas, el consumo contribuye al cumplimiento de otras escalas de necesidades menos tangibles, la misma autorrealización tiene que ver con la obtención de productos, aunque no es una regla.

La civilización hedonista de la que formamos parte encuentra una rápida salida en la oferta mercantil a sus deseos de afirmarse, de ahí la estrategia de crear nuevos productos y agregar cualidades a los ya existentes, procurando que las necesidades del individuo sean ampliamente satisfechas. No importa a qué clase social pertenezca, o qué tanto capital intelectual posea, el sujeto siempre encontrará en el consumo la manera de colocarse en su nivel o en un nivel superior aunque sea de manera aparente, las mercancías que adquiere (ropa, coches, perfumes, viajes, libros) lo ubican en una escala socioeconómica o le permiten ser parte de ella, le ofrecen la oportunidad de ser diferente, de distinguirse de los demás, le dan hasta identidad. El consumo es inclusivo. Además, el marketing se mueve en función de los deseos del consumidor. Aduce Lipovetsky que la sociedad posmoderna, abierta, plural, tiene en cuenta los deseos del individuo y aumenta su libertad combinatoria. Se trata de la vida Kit modulada en función de las motivaciones individuales, la vida flexible en la era de las opciones, de las fórmulas independientes que una oferta infinita hace posibles (Lipovetsky, 2002: 19).

El consumo da al sujeto la sensación de libertad individual de elección, de autonomía sobre los productores en función de sus intereses. Los deseos cumplidos acumulados conceden sentido a su trabajo, realización, aun cuando sigan apareciendo en escena más y más deseos una vez satisfechos los primeros. El narcisismo se ve cuidadosamente cultivado en esta era, basta ver los anuncios comerciales por televisión, que en su gran mayoría tienen como blanco el ego del individuo. El consumo dota de la posibilidad de hacer más cómoda la vida, más placentera, dependiendo por supuesto de los recursos con que se cuenten. En muchos casos el consumo representa un equilibrio para las personas sin mucha riqueza espiritual o afectiva pero con posibilidades económicas, sirve de anclaje para no perderse en la neurosis de la vida cotidiana. Sin embargo, pese a todas las bondades que pueda proporcionar tiene su parte nociva, expuesta acérrimamente por muchos psicólogos, sociólogos y antropólogos, entre ellos, Zygmunt Bauman.

En el otro extremo el consumo puede provocar dependencia, compulsión. Al respecto, Bauman acusa que el consumismo de hoy no tiene por objeto satisfacer las necesidades definidas, sino el deseo, el cual no requiere justificación y es insaciable, por lo que tiene más preeminencia en la psique humana; “en la carrera del consumo la línea de llegada siempre se desplaza más rápido que el consumidor más veloz, pero la mayoría de los corredores tienen músculos demasiado flácidos y pulmones demasiado pequeños como para correr rápido... Así seguir corriendo, la gratificante conciencia de seguir en carrera se convierte en la verdadera adicción y no el premio que espera a aquellos que crucen la línea de llegada” (Bauman; 2000:78); el consumo provoca dependencia, el límite entre la libertad y la adicción es difusa y no tienen que ver indicadores como la edad, el nivel educativo, el género o cualquier otro para asegurar los mecanismos defensores del ser humano. Así como el consumo puede aliviar una depresión pasajera, el consumismo puede ahondar el vacío interno del individuo y llevarlo a la quiebra o, como sostiene Bauman, orillar a delinquir para agenciarse recursos a fin de poder adquirir los objetos que lo “hagan feliz” y lo posicionen en la sociedad como “alguien”. Para Bauman es la sociedad quien impone a los sujetos la obligación de ser consumidores (Bauman; 2003); esto puede ser verdad en cierto modo si atendemos a sus exigencias; quien no vaya de acuerdo con lo establecido por la moda que en ese momento prevalezca, corre el riesgo de ser excluido.

En la sociedad de control (en el capitalismo), sentirse admirado y respetado por lo que se posee parece una regla en cualquier espacio territorial. El hombre es víctima de su vanidad. El apego a los bienes materiales es una tendencia cada vez mayor, la competencia entre los países por ganar el mercado es más feroz y la presa última es el consumidor. Por supuesto que Bauman todavía cree en el consumidor sensato, cuya iniciativa es estar allí en donde sepa que las oportunidades abundan y que se presentan en mayor número, “esta sabiduría se adapta sólo a una sabiduría empírica sin recetas infalibles ni fórmulas matemáticas” (Bauman; 2000:57); es decir, que el consumidor sólo se tiene a sí mismo y a su sentido común para hacer frente a toda la gama de tentaciones que se le ofrecen por diversos medios, para evitar el sujetamiento y la adicción en un mundo cada vez más materialista e hiper utilitarista, en el que él se convierte en un objeto más de los intereses exógenos a su persona. Es importante diferenciar el consumo y las necesidades y el consumismo y los deseos. Para enfrentar el constante cambio se requiere de un carácter repelente a la corrosión.

Conclusión

A continuación se agrega una tabla para resumir lo antes expuesto

	LIBERTAD	SUMISIÓN
TRABAJO	<input type="checkbox"/> Posibilita la independencia, promueve la autonomía <input type="checkbox"/> Provee al individuo de identidad <input type="checkbox"/> Permite que el sujeto se haga cargo	<input type="checkbox"/> El hombre debe plegarse a las condiciones del mercado laboral <input type="checkbox"/> El hombre no elige, es elegido por sus capacidades

	de sí mismo <input type="checkbox"/> Es afirmativo	<input type="checkbox"/> El trabajo puede llegar a “quemar” al individuo
CONSUMO	<input type="checkbox"/> Proporciona placer físico y psicológico <input type="checkbox"/> Da al sujeto la libertad de elegir <input type="checkbox"/> Es inclusivo <input type="checkbox"/> Le proporciona identidad, poder para ubicarse en un nivel	<input type="checkbox"/> Provoca dependencia <input type="checkbox"/> Es adictivo <input type="checkbox"/> Puede promover la exclusión

No cabe duda de que efectivamente el individuo tiene que ser empresario de sí mismo. Ya no ha de atenerse más al Estado ni a la empresa; ninguno proporciona ya seguridad. Difícilmente el modelo económico mundial dará marcha atrás; difícilmente volverán los viejos tiempos. La única posibilidad de supervivencia en las sociedades de control es el control de sí mismo: una buena auto administración de la persona para explotar sus posibilidades, incorporarse al mercado de trabajo sin perecer en el intento. En esta sociedad de control el sujeto está encerrado en un callejón con salida, aunque no despejada: el carácter, tanto para adecuarse a la movilidad que demanda el contexto sin perder el vínculo filial y fraternal, como para mantenerse erguido frente a los embates de la seducción mercantilista que promete menguar sus recursos financieros. Trabajar honradamente y consumir sensatamente para mantener la estabilidad, esa podría ser la lección, pero, eso depende ya de cada uno.

Notas

Este trabajo fue publicado originalmente en *Question* N° 16, en diciembre de 2007.

(1) V. Foucault Michel, *La Verdad y las Formas Jurídicas*, Gedisa 1980. pp. 107.

(2) Aunque esto es relativo, puesto que hay quienes creen que vivir de otros es una gran hazaña. Por eso los Estados occidentales han reducido en tiempo el seguro de desempleo, porque las condiciones del mercado laboral han vuelto cínicos a aquellos que pierden su empleo con frecuencia debido a su carácter de difícil adaptabilidad.

(3) Citado por Aubert y de Gaulejac en *El Coste de la Excelencia*, Ed. Paidós, 1993, pp. 62.

(4) En *La Era del Vacío*, Lipovetsky presenta a la posmodernidad como una seductora dama que se vale de todos los medios para estimular el hedonismo individual; para él, se debe partir del mundo del consumo, con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, que induce con su ambiente eufórico de tentación y proximidad. Habla de una sobremultiplicación de elecciones (Lipovetsky, 2000).

(5) Basta ver el trabajo de Douglas Rushkoff (*Coerción, por qué hacemos caso a lo que nos dicen*) quien se dice un experto en las estrategias publicitarias y de relaciones públicas; en su obra, “desvela” secretos de las corporaciones para conducir la voluntad del “indefenso consumidor”.

Bibliografía

AUBERT Nicole y de Gaulejac Vincent, *El Coste de la Excelencia*, Ed. Paidós, 1993.

BOLTANSKY Luc y Chiapello Eve, *El Nuevo Espíritu del Capitalismo*, Ed. Akal, 2002.

BAUMAN Zygmunt, *Trabajo, Consumismo y Nuevos Pobres*, Ed. Gedisa, 2003.

BAUMAN Zygmunt, *Modernidad Líquida*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2000.

BURCHELL Graham, “Liberal government and techniques of the self”, *Economy and Society*, volume 22 number 3, August 1993.

CASTEL Robert, *La Inseguridad Social ¿qué es estar protegido?* Ed. Manantial, 2004.

DE CERTEAU Michel, *La Invención de lo Cotidiano*, UIA. ITESO, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.

DELEUZE Gilles, "Posdata sobre las sociedades de control", en Christian Ferrer (comp.) *El Lenguaje Literario* 1º, Ed. Nordan, Montevideo 1991.

FITOUSSI Jean Paul y Rosanvallon Pierre, *La Nueva Era de las Desigualdades*, 2000.

FOUCAULT Michel, *La Verdad y las Formas Jurídicas*, Gedisa 1980.

GARCIA CANCLINI Néstor, *Consumidores y Ciudadanos*, Grijalbo, 1995.

LIPOVETSKY Gilles, *La Era del Vacío*, Ed. Anagrama, 2002.

O' MALLEY Graham, "Uncertain subjects: risk, liberalism and contract", *Economy and Society*, volume 29 number 4, November 2000.

RUSHKOFF Douglas, *Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, Editorial la Liebre de Marzo, 2001.

SENNETT Richard, *La Corrosión del Carácter*, Ed. Anagrama, 2000.

SENNETT Richard, *El Respeto*, Ed. Anagrama, 2004.

VERÓNICA GARCÍA MARTÍNEZ

Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Tamaulipas (1982-88). Especialidad en Docencia, por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (1994-96). Maestra en Comunicación por la Universidad Iberoamericana Plantel Santa Fe (1998-2000). Doctora en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede México (2004 - 2007). Profesora de la Licenciatura en Comunicación en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (desde 1992).